

ORGULLO Y PREJUICIO



Austral Singular

JANE AUSTEN

ORGULLO Y PREJUICIO

Traducción

José C. Vales



AUSTRAL

Obra editada en colaboración con Espasa Libros S.L.U. - España

Título original: *Pride and Prejudice*

© 2012, José C. Vales, por la traducción

© 2012, Espasa Libros, S.L.U. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2016, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial AUSTRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Deleg. Miguel Hidalgo

C.P. 11560, México, D.F.

www.planetadelibros.com.mx

Diseño de la colección: Austral / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la portada: Shutterstock

Primera edición impresa en España en Austral: noviembre de 2012

Primera edición impresa en España en esta presentación: octubre de 2015

ISBN: 978-84-670-4564-2

Primera edición impresa en México en Austral: marzo de 2016

ISBN: 978-607-07-3272-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.

Impreso en México – *Printed in Mexico*

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Es una verdad universalmente aceptada que un hombre soltero en posesión de una notable fortuna necesita una esposa.

Por muy poco que se conozcan los sentimientos o los puntos de vista de un hombre como el que se ha descrito, esta verdad está tan grabada en las mentes de las familias que lo rodean que se le considerará como la legítima propiedad de una u otra de sus hijas.

—Mi querido señor Bennet —le dijo su mujer un día—, ¿te has enterado de que por fin se ha arrendado Netherfield Park?

El señor Bennet contestó que no.

—Pues sí —replicó ella—, porque la señora Long acaba de estar aquí y me lo ha contado todo.

El señor Bennet no contestó nada.

—¿No quieres saber quién lo ha cogido? —exclamó su mujer con impaciencia.

—*Tú* quieres decírmelo, y no tengo ningún inconveniente en escucharlo.

Aquello fue una invitación suficiente.

—Pues bien, querido mío, debes saber que la señora Long dice que Netherfield ha sido arrendado por un joven con una enorme fortuna, procedente del norte de Inglaterra; dice que pasó por aquí el lunes en un carruaje de cuatro caballos para ver el lugar y quedó tan encantado que ha llegado a un acuerdo inmediatamente con el señor Morris; y que se va a instalar antes de San Miguel, y que algunos de sus criados ya estarán en la casa para finales de la próxima semana.

—¿Cómo se llama?

—Bingley.

—¿Está casado o soltero?

—¡Oh!, soltero, querido mío, ¡desde luego! Un soltero con una gran fortuna; cuatro o cinco mil al año. ¡Es una cosa estupendísima para nuestras niñas!

—¿Y eso por qué? ¿En qué les afecta a ellas?

—Mi querido señor Bennet —contestó su esposa—, ¿cómo puedes ser tan mostrenco? Has de saber que estoy pensando en que se case con una de ellas.

—¿Es ese su plan al venir a vivir aquí?

—¡Plan! Qué tontería, ¿cómo puedes decir eso? Pero es muy probable que *pueda* enamorarse de una de ellas, y por tanto debes ir a visitarlo en cuanto venga.

—Yo no veo ninguna necesidad de hacer eso. Podéis ir tú y las niñas, o puedes dejar que vayan solas, lo cual tal vez sería todavía mejor, porque dado que tú eres tan hermosa como cualquiera de ellas, el señor Bingley podría preferirte a cualquiera de ellas.

—Querido mío, me halagas. Desde luego yo *he* gozado en su día de alguna belleza, pero no creo que ahora sea nada extraordinario. Cuando una mujer tiene cinco hijas crecidas debe prescindir de pensar en su propia belleza.

—En esos casos, una mujer no tiene mucha belleza en la que pensar.

—En fin, querido mío, que debes ir a ver al señor Bingley cuando venga al vecindario.

—Eso es más de lo que puedo prometer, ya te lo digo.

—¡Pero piensa en tus hijas! Piensa simplemente en lo que significaría un compromiso para una de ellas. Sir William y lady Lucas están decididos a ir, y únicamente con esa idea, porque ya sabes que en general nunca visitan a los nuevos vecinos. En fin, que debes ir, porque *nosotras* no podemos ir a visitarlo, si no vas tú antes.

—Desde luego tienes demasiados escrúpulos. Me atrevo a decir que el señor Bingley estará encantado de veros; y yo le enviaré unas letras por vosotras, para asegurarle que daré mi consentimiento de todo corazón a su matrimonio con cualquiera de las niñas que elija; aunque añadiré alguna nota favorable acerca de mi pequeña Lizzy.

—Confío en que no hagas semejante cosa. Lizzy no es en nada mejor que las otras; y, la verdad, no es ni la mitad de guapa que Jane, ni la mitad de simpática que Lydia. Pero tú siempre la has considerado tu favorita.

—Ninguna de ellas tiene mucho de lo que se pueda presumir —contestó el señor Bennet—; son igual de tontas e ignorantes que el resto de las muchachas de su edad; pero Lizzy tiene un algo más de inteligencia que sus hermanas.

—Señor Bennet, ¿cómo puedes insultar de ese modo a tus propias hijas? Parece que te complaces en humillarme. No tienes compasión de mis pobres nervios...

—Me interpretas mal, querida. Tengo en una elevadísima consideración a tus nervios. Son viejos amigos míos. Llevo veinte años oyéndote hablar de ellos.

—¡Ah, no sabes lo que sufro!

—Sin embargo, confío en que lo superarás y vivas para ver cómo llegan al vecindario un montón de caballeros jóvenes con una renta de cuatro mil al año.

—De nada nos serviría que vinieran veinte de ese tipo, puesto que no irías a visitarlos.

—Puedes estar segura, querida mía, que cuando haya veinte, los visitaré a todos.

El señor Bennet era una mezcla tan rara de vivo ingenio, humor sarcástico, espíritu taciturno y volubilidad que veintitrés años habían sido insuficientes para que su mujer lograra llegar a comprender su carácter. La mente de la señora Bennet era menos difícil de descifrar. Era una mujer de entendimiento escaso, poca educación y de temperamento variable. Cuando estaba disgustada, fingía sufrir de los nervios. El objetivo de su vida era casar a sus hijas; su entretenimiento, andar de visitas y cotillear.

CAPÍTULO II

El señor Bennet estuvo entre los primeros que fueron a presentar sus respetos al señor Bingley. Siempre había tenido la intención de visitarlo, aunque hasta el final le estuvo asegurando a su mujer que no iría; y ella no se enteró de ello hasta la tarde posterior a que

efectivamente se llevara a cabo dicha visita. Entonces se reveló todo de la siguiente manera. Viendo que su hija segunda se encontraba ocupada poniéndole una cinta a un sombrero, el señor Bennet se dirigió repentinamente a ella con un «Espero que le guste al señor Bingley, Lizzy».

—No estamos en disposición de saber lo que le gusta al señor Bingley —dijo su madre con resentimiento—, porque no vamos a ir a visitarlo.

—Pero olvidas, mamá —dijo Elizabeth—, que nos lo encontraremos en las reuniones y que la señora Long ha prometido presentarlo.

—No creo que la señora Long haga nada semejante. Tiene dos sobrinas. Es una mujer egoísta e hipócrita, y no tengo ninguna buena opinión de ella.

—Ni yo tampoco —dijo el señor Bennet—, y me alegra mucho saber que no dependéis de lo que esa señora pueda hacer por vosotras.

La señora Bennet no se dignó responder nada; pero, incapaz de contenerse, comenzó a reprender a una de sus hijas.

—¡Deja de toser de esa manera, Kitty, por el amor de Dios! Ten un poco de compasión de mis nervios. Me los estás destrozando.

—Kitty no tiene discreción ninguna con sus toses —dijo su padre—. Siempre elige un mal momento.

—No toso por divertirme —replicó Kitty, de mal humor.

—¿Cuándo va a ser tu próximo baile, Lizzy?

—De mañana en quince días.

—Sí, así es —exclamó su madre—, y la señora Long no regresa hasta el día anterior; así que le será imposible presentárselo a nadie, porque ni siquiera ella lo conocerá.

—Entonces, querida, puede que tengas alguna ventaja respecto a tu amiga y puedas presentárselo tú a ella.

—Imposible, señor Bennet, imposible, porque yo tampoco lo conozco; ¿cómo puedes ser tan burlón?

—Celebro tu circunspección. Quince días es ciertamente muy poco para una amistad. Uno no puede saber realmente cómo es un caballero solo en quince días. Pero si nosotros no nos arriesgamos, otros lo harán; y, después de todo, la señora Long y sus sobrinas deben esperar también su oportunidad; y por tanto, como ella lo

considerará un acto de cortesía, si tú te niegas a presentárselo, yo mismo me ocuparé de ello.

Las chicas miraron atónitas a su padre. La señora Bennet solo decía: «¡Tonterías, tonterías!».

—¿Qué significa esa enfática exclamación? —exclamó su marido—. ¿Acaso consideras las formalidades de la presentación y la importancia que residen en ellas como una tontería? No puedo estar en absoluto de acuerdo contigo en ese punto. ¿Qué dices tú, Mary? Yo sé que eres una joven de profundas reflexiones, y que lees grandes libros y copias algunos párrafos.

Mary quiso decir algo muy sensato, pero no supo qué.

—Mientras Mary va aclarando sus ideas —añadió—, volvamos al señor Bingley.

—Estoy harta del señor Bingley —exclamó su esposa.

—Lamento mucho oír eso; ¿por qué no me lo dijiste antes? Si lo hubiera sabido esta mañana, desde luego no habría ido a visitarlo. Qué mala suerte; pero como ya he cumplimentado la visita, no podemos evitar tener relación con él.

El asombro de las señoritas era precisamente lo que pretendía; el de la señora Bennet quizá sobrepasaba el de las demás; aunque cuando se acalló el primer alboroto de alegría, empezó a decir que eso era lo que había esperado desde el primer momento.

—¡Qué bueno eres, mi señor Bennet querido! Pero yo sabía que te convencería al final. Estaba segura de que querías demasiado bien a tus niñas como para negarles una relación como esa. Bueno, bueno, ¡qué contenta estoy!, y qué buena broma ha sido esa también: haber ido esta mañana y no haber dicho ni una palabra hasta ahora.

—Ahora, Kitty, puedes toser todo lo que quieras —dijo el señor Bennet; y, mientras se lo decía, abandonó la estancia, cansado de los arrebatos de gozo de su mujer.

—¡Qué padre tan excelente tenéis, niñas! —dijo la mujer cuando se cerró la puerta—. No sé como podréis agradecerle jamás su bondad; ni yo, para decirlo todo. A estas alturas de nuestra vida, os lo puedo asegurar, ya no es muy agradable estar haciendo nuevas amistades todos los días; pero por vosotras haríamos lo que fuera. Lydia, mi amor, aunque tú eres la más joven, me atrevería a decir que el señor Bingley bailará contigo en el próximo baile.

—¡Oh! —exclamó Lydia con resolución—. No me preocupa; porque aunque soy la más joven, soy la más alta.

El resto de la velada se pasó en elucubrar cuándo devolvería el señor Bingley la visita del señor Bennet, y decidiendo cuándo le pedirían que viniera a cenar.

CAPÍTULO III

Por mucho que la señora Bennet, con la ayuda de sus cinco hijas, quiso sonsacarle a su marido una descripción satisfactoria del señor Bingley y, por mucho que indagaron sobre el asunto, no sirvió de nada. Lo acosaron de distintos modos; con preguntas directas, con ingeniosas suposiciones y conjeturas indirectas; pero él consiguió eludir las argucias de todas; y al final se vieron obligadas a contentarse con la información de segunda mano de su vecina, lady Lucas. Su informe resultó especialmente favorable. Sir William había quedado encantado con él. Era bastante joven, extraordinariamente guapo, extremadamente agradable y, para colmo de virtudes, tenía pensado acudir a la próxima fiesta con un numeroso grupo de amigos. ¡No podía haber una noticia mejor! Ser aficionado al baile ya era en cierto sentido un paso hacia el enamoramiento; y de ahí que se abrigaran muy vivas esperanzas respecto a la posibilidad de acceder al corazón del señor Bingley.

—Solo con que pudiera ver a una de mis hijas felizmente instalada en Netherfield —dijo la señora Bennet a su marido—, y todas las demás igual de bien casadas, ya no pediría nada más.

Pocos días después, el señor Bingley le devolvió la visita al señor Bennet y estuvo alrededor de diez minutos con él en la biblioteca. Había abrigado esperanzas de que le permitieran ver a las jóvenes señoritas, de cuya belleza había oído hablar mucho, pero solo vio a su padre. Las señoritas fueron un tanto más afortunadas, porque tuvieron la ventaja de comprobar desde una ventana de arriba que el caballero llevaba una levita azul y montaba un caballo negro.

Poco después se le envió una invitación para que fuera a cenar, y la señora Bennet ya había elegido los platos que iban a demostrar su buen hacer como ama de casa, cuando llegó una respuesta que lo aplazó todo. El señor Bingley se veía precisado a ir a la ciudad al

día siguiente y, en consecuencia, no le era posible aceptar su amable invitación, etcétera. La señora Bennet se quedó completamente desconcertada. No podía imaginar qué asuntos podía tener en la ciudad tan pronto, después de haberse trasladado a Hertfordshire; y comenzó a temerse que pudiera estar siempre yendo de un lugar a otro y que nunca acabara estableciéndose en Netherfield, que era lo que debía hacer. Lady Lucas calmó un poco sus temores sugiriendo que tal vez podría haber ido a Londres solo para recoger a sus numerosos amigos para acudir al baile, y muy pronto llegó la información de que el señor Bingley iba a traer con él a doce señoritas y a siete caballeros a la fiesta. Las niñas lo que temieron fue el número tan elevado de señoritas; pero el día antes del baile experimentaron cierto alivio al saber que, en vez de doce, solo vendría con seis desde Londres, sus cinco hermanas y una prima. Y, al final, cuando el grupo entró en el salón de baile, solo eran cinco: el señor Bingley, sus dos hermanas, el marido de la mayor, y otro joven.

El señor Bingley era apuesto y de aspecto distinguido; tenía un rostro agradable y unos modales naturales, nada afectados. Sus hermanas eran mujeres hermosas y con un aire de indudable elegancia. Su cuñado, el señor Hurst, no tenía más que la apariencia de caballero; pero su amigo, el señor Darcy, no tardó en atraer la atención de toda la sala por su figura, apuesta, alta, de hermosos rasgos, porte aristocrático; y el rumor que se puso en circulación general a los cinco minutos de su aparición aseguraba que contaba con diez mil anuales. Los caballeros admitieron que, como hombre, tenía un porte elegante, las damas declararon que era mucho más guapo que el señor Bingley, y se le observó con admiración durante aproximadamente la mitad de la velada, hasta que sus modales provocaron un disgusto general que cambió las tornas de su popularidad; porque resultó ser un orgulloso, y se comportaba como si estuviera por encima de los demás y por encima de la obligación de mostrarse cortés; y ni todas sus enormes posesiones en Derbyshire pudieron entonces evitar que se le viera como el caballero más detestable y desagradable, e indigno de ser comparado con su amigo.

El señor Bingley pronto se hizo amigo de las personas principales del salón; era muy alegre y extrovertido, bailaba todos los bailes, se indignó porque el baile se acabara tan pronto y habló de dar uno él mismo en Netherfield. Cualidades tan encantadoras deben hablar

por sí mismas. ¡Qué contraste entre él y su amigo! El señor Darcy bailó solo una vez con la señora Hurst y otra vez con la señorita Bingley, se negó a que le presentaran a cualquier otra dama, y pasó el resto de la velada dando vueltas por el salón, hablando de vez en cuando con alguno de sus amigos. Su personalidad quedó sentenciada: era el hombre más orgulloso y desagradable del mundo, y todo el mundo confiaba en que nunca volviera por allí. Entre los más violentos contra él estaba la señora Bennet, cuyo disgusto ante su comportamiento general fue afeado con particular inquina por haber menospreciado a una de sus hijas.

Elizabeth Bennet se había visto obligada, dada la escasez de caballeros, a sentarse durante dos bailes, y durante parte de este tiempo el señor Darcy había permanecido de pie lo suficientemente cerca de ella para que Elizabeth pudiera escuchar una conversación entre él y el señor Bingley, que acababa de bailar hacía unos minutos, y ordenarle que se quedara con él.

—Vamos, Darcy —dijo Bingley—, tengo que conseguir que bales. Odio verte ahí de pie, plantado y solo, con esa actitud tan estúpida. Harías mucho mejor en bailar.

—Desde luego, no lo voy a hacer. Sabes cómo lo detesto, a menos que conozca muy especialmente a mi pareja. En una fiesta como esta, sería insoportable. Tus hermanas están comprometidas, y no hay otra mujer en la sala con quien bailar no me resultara una desgracia.

—¡Yo no sería tan quisquilloso como tú por nada del mundo! —exclamó Bingley—. Por mi honor te aseguro que jamás he conocido tantas jovencitas agradables en mi vida como esta noche, y algunas de ellas, como comprobarás, son especialmente hermosas.

—Tú estás bailando con la única muchacha bonita del salón —dijo el señor Darcy, mirando a la mayor de las señoritas Bennet.

—¡Oh!, es la criatura más hermosa que he visto en mi vida. Pero hay una de sus hermanas, sentada justo detrás de ti, que es muy bonita, y me atrevería a decir, muy agradable. Permíteme que le diga a mi amiga que te la presente.

—¿A quién te refieres? —y dándose la vuelta, miró durante un instante a Elizabeth, hasta que, tropezándose con su mirada, desvió la suya y dijo con frialdad—: Es aceptable; pero no lo suficientemente hermosa como para tentarme; y en este momento no

estoy de humor para darle importancia a jóvenes damas que ya han sido rechazadas por otros hombres. Harías bien en volver con tu acompañante y disfrutar de sus sonrisas, porque estás perdiendo el tiempo conmigo.

El señor Bingley siguió su consejo. El señor Darcy se apartó y Elizabeth se quedó allí con unos sentimientos no muy cordiales hacia él. Sin embargo, le contó la historia a sus amigos con gran regocijo, porque tenía un carácter muy divertido y alegre, y disfrutaba con todo lo que pudiera resultar ridículo.

La velada, en general, transcurrió muy agradablemente para toda la familia. La señora Bennet había visto cómo su hija mayor causaba admiración en el grupo de Netherfield. El señor Bingley había bailado con Jane dos veces y las hermanas del caballero se habían mostrado especialmente amables con ella. Jane estaba tan encantada como su madre, aunque de un modo más tranquilo. Elizabeth se alegraba del éxito de Jane. Mary se había enterado de que le habían dicho a la señorita Bingley que era la muchacha más instruida del vecindario; y Catherine y Lydia habían sido lo suficientemente afortunadas como para no estar en ningún momento sin acompañantes, lo cual era todo lo que les importaba de momento en un baile. Así pues, todas regresaron de muy buen humor a Longbourn, la aldea en la que vivían, y de la cual eran los principales habitantes. Se encontraron al señor Bennet todavía levantado. Con un libro, perdía la noción del tiempo; y en esta ocasión precisa sentía una notable curiosidad respecto a los acontecimientos de una velada que había levantado tan espléndidas expectativas. En general esperaba que todas las opiniones de su mujer respecto a los forasteros fueran negativas; pero no tardó en descubrir que tendría que escuchar una historia muy diferente.

—¡Oh!, mi querido señor Bennet —exclamó mientras entraba en la estancia—, hemos pasado una velada deliciosísima, un baile maravilloso. Ojalá hubieras estado allí. Jane ha sido la admiración, que no se ha visto cosa igual. Todo el mundo decía lo guapísima que estaba; y el señor Bingley la ha encontrado absolutamente preciosa y ha bailado con ella dos veces. Tú nada más piensa eso, querido: ¡bailó con ella dos veces...! Y fue la única niña del salón a la que le pidió un segundo baile. Primero se lo pidió a la señorita Lucas. Yo estaba indignadísima al verlo allí con ella; pero, de todos

modos, no la admiraba en absoluto: es lo que digo yo, ¿quién va a admirarla?, ya sabes, y pareció absolutamente conmovido cuando Jane salió a bailar. Así que preguntó quién era y se la presentaron, y le pidió los dos siguientes. Luego, los dos terceros los bailó con la señorita King, y los dos cuartos con Maria Lucas, y los dos quintos con Jane otra vez, y los dos sextos con Lizzy, y el *boulanger*...¹

—¡Si hubiera tenido alguna compasión de mí —exclamó su esposo con impaciencia—, no habría bailado ni la mitad! ¡Por el amor de Dios, deja de hablar de las parejas de ese hombre! ¡Oh, y que no se haya torcido el tobillo en el primer baile...!

—¡Oh, querido...! —continuó la señora Bennet—. Estoy absolutamente encantada con él. ¡Es tan extraordinariamente guapo!, y sus hermanas son unas mujeres encantadoras. En mi vida he visto nada más elegante que sus vestidos. Me atrevería a decir que el encaje que llevaba en el vestido la señora Hurst...

En este punto fue interrumpida otra vez. El señor Bennet se negó a escuchar cualquier descripción del vestuario. De modo que su esposa se vio obligada a buscar otra vertiente del asunto, y narró, con más acidez e inquina, y alguna exageración, la escandalosa vulgaridad del señor Darcy.

—Pero puedo asegurarte —añadió— que Lizzy no pierde mucho si a él no le hace mucha gracia; porque es un hombre de lo más desagradable y detestable, y no vale la pena en absoluto intentar gustarle. ¡Es tan engreído y tan pagado de sí mismo que no se puede soportar! ¡Iba andando por aquí, se iba andando para allá, pavoneándose y creyéndose la gran cosa! ¡No es ni lo suficientemente guapo como para bailar con él! Ojalá hubieras estado allí, querido, para haberle bajado los humos con alguno de esos comentarios tuyos. Detesto absolutamente a ese hombre.

¹ Las damas anotaban en sus cuadernos las peticiones de baile. Los bailes se escenificaban de dos en dos, de ahí que Jane Austen hable de «los dos terceros», «los dos cuartos» o «los dos quintos». Si Lizzy bailó con Bingley «los dos sextos» quiere decirse que bailó el undécimo y el duodécimo bailes. El *boulanger* es una danza de origen francés, en corro, que solía bailarse al final de las fiestas. (*Todas las notas son del traductor*).

CAPÍTULO IV

Cuando Jane y Elizabeth se quedaron solas, la primera, que había sido muy cautelosa anteriormente a la hora de elogiar al señor Bingley, le contó a su hermana cuántísimo lo admiraba.

—Es sencillamente lo que un joven debería ser —dijo—, sensato, alegre, divertido; ¡y jamás he visto unos modales tan desenfadados... tan naturales, con esa educación tan exquisita!

—Además es guapo —contestó Elizabeth—, lo cual debería ser una obligación en cualquier joven que se preciara. Su personalidad, por tanto, es perfecta.

—Me sentí muy halagada cuando me pidió bailar con él una segunda vez. No esperaba semejante cumplido.

—¿Ah, no? Pues yo sí. Pero esa es la gran diferencia entre tú y yo. Los cumplidos que te hacen a ti siempre te sorprenden, y a mí nunca. ¿Qué podía ser más natural que te volviera a pedir bailar con él? No podía evitar comprobar que tú eras cinco veces más bonita que cualquier otra mujer del salón. No se lo agradezcas a su galantería. Bueno, desde luego es muy amable, y te doy permiso para que te guste. Te han gustado muchas personas más estúpidas.

—¡Lizzy!

—¡Oh!, eres lo suficientemente lista como para saber que, en general, te gusta la gente. Nunca ves ningún defecto en nadie. Todo el mundo es bueno y encantador a tus ojos. Nunca te he oído hablar mal de ningún ser humano, en toda mi vida.

—No me gustaría ser imprudente a la hora de censurar a nadie, pero siempre digo lo que pienso.

—Ya lo sé; y *eso* es lo que me asombra. Con lo sensata que eres, ¡y estar tan ciega a las locuras y las tonterías de los demás! Fingir ser ingenuo es muy habitual... lo vemos por todas partes. Pero ser ingenua sin ostentación ni premeditación... coger lo bueno del carácter de cada persona, y hacerlo mejor incluso, y no decir nada de lo malo que tenga... eso es exclusivamente tuyo. Así que también te gustarán las hermanas de ese hombre, ¿no? Sus modales no son como los de él.

—Claro que no... a primera vista. Pero son unas mujeres muy agradables cuando una conversa con ellas. La señorita Bingley va a venir a vivir con su hermano y se ocupará de la casa; y mucho

me equivoco o encontraremos en su vecindad a una joven encantadora.

Elizabeth la escuchaba en silencio, pero no estaba convencida; el comportamiento de las dos señoritas Bingley en la fiesta no había sido el más adecuado para agradar a los demás; y con más capacidad de observación y con un temperamento menos complaciente que su hermana y con un juicio completamente libre de cualquier atisbo de intereses personales, la segunda de las Bennet estaba poco predispuesta a concederles su aprobación. En realidad eran unas señoritas muy distinguidas; no les faltaba simpatía cuando estaban contentas, ni talento para ser agradables si les apetecía; pero eran orgullosas y engreídas. Eran bastante guapas; habían sido educadas en uno de los mejores colegios privados de la ciudad, contaban con una fortuna de veinte mil libras, tenían la costumbre de gastar más de lo que debían y de relacionarse con gente de importancia; y por lo tanto estaban en todos los sentidos autorizadas a pensar bien de sí mismas y mal de los demás. Procedían de una respetable familia del norte de Inglaterra: una circunstancia más profundamente grabada en sus mentes que el hecho de que la fortuna de su hermano y de ellas mismas tuviera su origen en el comercio.²

El señor Bingley heredó de su padre en propiedad una suma que ascendía prácticamente a cien mil libras, que había intentado adquirir mansión, pero no vivió lo suficiente. El joven señor Bingley intentó lo mismo y en alguna ocasión estuvo tentado a comprar algo en su condado; pero como ahora contaba con una buena casa y las posibilidades de utilizar libremente sus tierras, muchos de aquellos que mejor conocían su carácter acomodaticio dudaron si no decidiría pasar el resto de sus días en Netherfield y dejar a la siguiente generación la adquisición de propiedades.

Sus hermanas estaban deseosas en extremo de que tuviera una gran propiedad; pero aunque en aquel momento solo estaba asentado como arrendatario, la señorita Bingley de ningún modo re-

² Este es uno de los temas recurrentes de la novelística británica de la época: la pequeña nobleza del campo (y la alta nobleza, por supuesto) tardaron décadas en admitir la honrada naturaleza del dinero procedente de la industria y el comercio; durante mucho tiempo estas familias se consideraron en un peldaño inferior.

nunciaba a presidir su mesa, ni la señora Hurst, que se había casado con un hombre más pretencioso que rico, estaba menos dispuesta a considerar la casa de Bingley como si fuera la suya propia cuando le conviniera. Aún no habían pasado dos años desde que el señor Bingley alcanzara la mayoría de edad³ cuando, por una recomendación ocasional, se vio tentado a echarle un vistazo a Netherfield House. La estuvo viendo y la visitó durante media hora, quedó encantado con la situación y con las salitas principales, satisfecho con lo que el propietario dijo en alabanza de la mansión, y la alquiló inmediatamente.

Entre él y Darcy había una muy firme amistad, a pesar de la gran diferencia de caracteres. Bingley se había ganado la simpatía de Darcy por su naturalidad, por su franqueza, por la amabilidad de su temperamento, aunque ninguna disposición podía ofrecer un mayor contraste con el suyo y nunca pareciera descontento con el temperamento de su amigo. Bingley tenía la más firme confianza en la inamovible fidelidad de Darcy y una elevada opinión de su buen juicio. En cuanto a inteligencia, Darcy era superior. De ningún modo Bingley era un estúpido, pero Darcy era muy listo. Al mismo tiempo era arrogante, taciturno y quisquilloso, y sus modales, aunque educados, no resultaban atractivos. En ese aspecto, su amigo le llevaba mucha ventaja. Bingley estaba seguro de resultar simpático allí donde apareciera. Darcy continuamente estaba causando enojos.

El modo en que conversaron a propósito de la fiesta de Meryton fue muy típico de ambos. Bingley nunca se había topado con gente más agradable ni con jóvenes tan bonitas en su vida; todo el mundo había sido amabilísimo y atento con él, no había habido exceso de formalidad, ni envaramiento, y enseguida sintió que se había hecho amigo de todos los asistentes; y respecto a la señorita Bennet, no podía concebir que hubiera un ángel más hermoso. Darcy, por el contrario, había visto una colección de personas en las que había poca belleza y ninguna elegancia, pues por ninguno de ellos había sentido el más mínimo interés y de ninguno de ellos había recibido ninguna atención ni amabilidad.

³ La mayoría de edad se alcanzaba entonces a los 21 años. Es decir, Bingley aún no tenía 23 años.